

La historia salda sus cuentas

Héctor W. Valle*

Cuando se analizan las crisis que vienen sacudiendo al mundo en los últimos años es inevitable, dadas sus características, caer en las comparaciones con las experiencias verificadas en los años treinta. Como si faltaran las semejanzas, en el horizonte aparece ahora el riesgo cierto de una nueva guerra europea.

Por ello al escribir estas notas no podemos soslayar los sucesos bélicos que sacuden a los Balcanes. De forma cada vez más acuciante, cabe preguntarse, a principios del nuevo siglo ¿estamos en los albores de una paz o en el inicio de una carrera armamentista con final impredecible?

Como suele ocurrir con todas las guerras, ésta muy probablemente marcará el final de un ciclo ciertamente corto que se inició con la caída del Muro de Berlín. Por entonces los triunfadores, hace apenas una década, instalaron un pensamiento único fundado precisamente en el supuesto del fin de la historia. En la práctica ello ha implicado un notable retroceso en el desarrollo de la humanidad.

A lo largo de estos años mientras crecía el fanatismo religioso, las mafias y los conflictos étnicos, en el plano de las ideas económicas se verificó el retorno a las ideas más ortodoxas, que se corresponden a una visión del mundo propia del siglo XVIII. En los últimos tiempos la aceptación de la hegemonía neoliberal no sólo fue patrimonio de los sectores más conservadores de la sociedad sino que, como ocurre por ejemplo en la Argentina, ha sido asumida sin mayor debate por aquellas fuerzas que genéricamente pueden definirse como "socialdemócratas".

Ambos coincidieron en la aceptación del supuesto, no demostrado, que la expansión global del capitalismo en su versión "de mercado", vale decir despojado de cualquier remilgo keynesiano, constituía el atajo más cómodo hacia la paz y la prosperidad.

Esta generalizada restauración de la teoría y de la praxis neoliberal –se trata virtualmente de las mismas ideas que habían fracasado para resolver las prolongadas vicisitudes que siguieron al *crack* del Wall Street en 1929–, viene ratifican-

* Fundación de Investigaciones para el Desarrollo (FIDE).

do su notable incapacidad para resolver situaciones críticas como las que actualmente se verifican. La sucesión de auges cada vez menos sustentables y recesiones cada vez más profundas, han colocado al mundo en un escenario de grandes turbulencias.

Algunos de los frutos que se recogen, a consecuencia de la vulnerabilidad externa, es la generalizada exclusión social, la insoportable ampliación de la brecha entre países ricos y pobres y las rígidas limitaciones al ejercicio de las políticas nacionales.

Un dato notable de la situación actual está constituido por la evidencia de que la espiralización de las crisis —especialmente luego de los sucesivos fenómenos asiáticos, el *default* ruso y la devaluación en el Brasil— ha provocado impactos sobre el contexto macroeconómico y las condiciones micro prevaletentes en países como la Argentina. Entre otras consecuencias ello constituye una severa complicación para aquellos que, muchas veces renunciando a viejas convicciones nekeynesianas, aceptaron a libro cerrado el modelo neoliberal en sus años de auge. La realidad los encuentra desarmados.

Finalmente los hechos les vienen dando la razón a quienes advertían que, con la hegemonía del capitalismo salvaje el mundo no avanzaba hacia una etapa superior, sino que ingresaba en un recodo de final incierto. ¿Las leyes de la historia, están cobrando así nuevas víctimas entre aquellos que intentaron ignorarlas?

John Gray, profesor de Pensamiento Europeo en la London School of Economics subraya que:

“Desde una perspectiva histórica más amplia, la suposición opuesta hubiera sido más razonable. Generalmente cuando grandes imperios caen no viene una época de paz y abundancia. Es más común un período en el que conflictos étnicos y religiosos de larga data, antiguos y nuevos reclamos territoriales y regímenes tiránicos se combinan para fomentar la guerra.”... El pensamiento neoliberal promovió un desprecio por la historia, que ahora volvió para atormentarlos” (“El desprecio por la historia”, en *Página 12* del 5/5/99).

Lo nuevo y lo viejo en la actual crisis

Las decisiones cotidianas que adopta el gobierno argentino ejercen consecuencias en las que, casi siempre son los mismos tanto los pocos ganadores como los masivos perdedores. En todos los casos cada una de ellas viene cargada, además, con un fuerte componente ideológico neoliberal. A esta altura de los acontecimientos cabe preguntarse, más allá del comprobado grado en que a partir de su sistemática aplicación se acentúan los desequilibrios económicos y sociales, si esas premisas ideológicas sirven para superar crisis como la actual e ingresar en una fase de crecimiento sostenido.

Veamos el caso de nuestro país. La idea del "piloto automático" que se ha popularizado para identificar la gestión del gobierno argentino en los últimos años intenta constituir una aplicación en la práctica de la teoría de Adam Smith sobre el gobierno de los asuntos económicos por una "mano invisible". Como es sabido tal concepción tiene poco de novedoso. Es más, recibió un golpe que se creía definitivo cuando la gran depresión de los '30 demostró que el sistema en ella apoyado era incapaz de impedir el desempleo masivo de los recursos humanos y materiales, mientras las necesidades humanas elementales quedaran insatisfechas aun en las comunidades más desarrolladas.

Sin embargo, como moderno Drácula, con el agotamiento de los estados del bienestar, en los '70, se asistió al renacimiento del neoliberalismo a partir de las experiencias de los gobiernos de Reagan y Thatcher.

Nos interesa volver a las lecciones que puede darnos la historia para superar los graves trastornos que atraviesan nuestras economías. Como ya señalamos, en el plano económico es fácil advertir que las perturbaciones por las que pasa el mundo, y la Argentina en particular, guardan una gran similitud con las experimentadas en los conflictivos años treinta.

Correlativamente se registra una cada vez más evidente insatisfacción respecto a la interpretación ortodoxa de inspiración neoliberal y su correlato en términos estratégicos de política económica. Claro está que no se advierte en el mundo todavía la gestación de una propuesta alternativa, mala o buena, como lo fueron en su momento la revolución keynesiana o los ensayos colectivistas.

Con el agotamiento de los estados de bienestar, a mediados de los '70, se ingresó en una nueva etapa donde se ratificó que el crecimiento sostenido y a tasas altas con pleno empleo se había convertido en una circunstancia excepcional y no en la regla general de funcionamiento del sistema capitalista.

En el presente, como a principios de los '30, en amplias regiones del planeta los niveles de crecimiento global son muy bajos y evolucionan con gran inestabilidad. Existe un elevado nivel en el desempleo estructural y se han derrumbado los precios de las materias primas, mientras sobran las señales de burbujas especulativas en los mercados de capitales.

Pero hay dos enormes diferencias en la actualidad respecto de los '30, Están constituidas, en primer lugar por lo que ocurre en Estados Unidos. La crisis de esa economía, por entonces empujaba hacia la recesión mundial mientras que en la actualidad continúa creciendo sostenidamente, cerca del pleno empleo y sin evidencia inflacionaria. Además dicho crecimiento ocurre a partir de sectores muy intensivos en el desarrollo de tecnología de punta.

Ahora bien, todo esto dicho sin olvidar la incertidumbre que despierta la sustentabilidad del auge especulativo que se advierte en Wall Street. El peligro de las burbujas especulativas se constituye así en otro interrogante sobre el futuro de la crisis y sus alcances para países como la Argentina.

La otra diferencia esta constituida por la enorme pujanza que exhibe la economía china; la agresiva penetración de sus exportaciones afecta sensiblemente a

las producciones de bienes industriales originadas en países como la Argentina, anclando su recesión.

Precisamente, entre otras consecuencias de la sobreoferta de manufacturas, las tendencias a la deflación (que claramente, si se mantienen, tarde o temprano mostrarán su incongruencia con el frenesí en la cotización de las acciones en Wall Street) constituyen, ellas sí, otro rasgo común con las evidencias de seis décadas atrás, con la peculiaridad de ser ésta, en la actualidad, una condición generalizada tanto para las materias primas como para el conjunto de los bienes industrializados.

El presente como historia

Ahora bien, cuando la realidad muestra notables similitudes con el pasado es necesario, sin embargo, evitar las conclusiones apresuradas. Comencemos por señalar que más allá de algunas similitudes asombrosas éste no es el mundo de los años treinta. La diferencia decisiva está constituida, como ya señalamos, porque en las presentes circunstancias la economía de Estados Unidos es la locomotora del mundo y en aquellos años era el nido de la crisis.

Para no caer en interpretaciones equivocadas debe recordarse que en materia de fenómenos sociales "todo fluye" y por lo tanto no existen dos circunstancias absolutamente idénticas.

Es sabido que, por ejemplo, en el terreno de la economía política, puede ser muy peligroso dejarse llevar por las evidencias que surgen al establecer comparaciones que perturben el análisis y/o terminar en la reiteración de propuestas de política que, si bien fueron exitosas en el pasado, resultan claramente inviables en el actual contexto.

Pero esa precaución no elimina la utilidad de ejercitar la memoria sobre los sucesos del pasado que guarden similitudes con los del presente y aprovechar las enseñanzas útiles que de ellos se puede recoger. Se trata de un ejercicio necesario para encarar mejor los hechos actuales y evitar los dolores de insistir en una vía probadamente ineficaz para atravesar con éxito los problemas de la crisis.

Para enmarcar turbulencias tales y con tantas incertidumbres, el pensamiento del libre mercado ha demostrado históricamente, no sólo su ineficacia para superarlas con éxito sino también su elevada potencialidad para acentuar las condiciones críticas. Tal era el panorama que, como se tendrá presente, enfrentó la Argentina a mediados de los '30. Por entonces gobernantes muy comprometidos con el pensamiento conservador encararon, con gran sentido práctico el abandono de la ortodoxia para encarar un conjunto de políticas de raíz keynesiana que habrían de ser el basamento institucional de las décadas siguientes.

Tales fueron los casos con la creación del Banco Central, las juntas reguladoras, o la Dirección Nacional de Vialidad, entre otros, sumado al manejo de la política cambiaria y arancelaria así como la creación de una moderna estructura im-

positiva más progresista que el viejo esquema, apoyado casi exclusivamente en los ingresos que proporcionaba la Aduana.

La aplicación de aquella receta sirvió de punto de partida para ingresar en una etapa de industrialización sustitutiva de importaciones similar a la que, con sus diferencias según los casos, se vivía en el resto del mundo subdesarrollado. Ciertamente es que ese modelo industrial se agotó; el desafío actual pasa por construir el estado más adeudado a un nuevo modelo de crecimiento productivo.

Quizá la lección más importante que puede sacarse de aquellas experiencias para la actualidad, no pasa tanto por los aspectos instrumentales sino por la comprobación de la inviabilidad de la receta ortodoxa y la necesidad de un papel activo por parte de los estados nacionales para superar la crisis. Claro está que ello implica, a partir de una evaluación autocrítica sobre los errores del pasado, una nueva construcción del estado compatible con las exigencias del siglo que está por comenzar y la necesidad de corregir las groseras distorsiones sociales acumuladas en la década que concluye.